

El Movimiento de Okupaciones: Contracultura Urbana y Dinámicas Alter-Globalización

La okupación de viviendas y edificios abandonados en ciudades españolas se ha producido de forma continuada desde principios de la década de 1980. En este movimiento urbano, los Centros Sociales Okupados y Autogestionados (CSOA) adquirieron una mayor relevancia pública que los inmuebles okupados sólo como vivienda. No obstante, ambas modalidades evolucionaron de forma mutuamente imbricada.

Los mayores problemas de cara a conceptualizar la existencia de este movimiento social en una escala estatal son: 1) en cada ciudad ha ocurrido una específica historia de la okupación; 2) la variedad de ideologías políticas y formas de organización han dado lugar a importantes diferencias en el seno del movimiento; 3) una gran parte de activistas han rechazado ser adscritos al denominado “movimiento okupa” argumentando que la okupación es sólo un medio para conseguir otros fines.

Sin embargo, es posible identificar la consistencia del movimiento según: 1) las pautas espaciales relativas al tipo de edificios y áreas urbanas en las que se han concentrado las okupaciones; 2) los principios libertarios compartidos por la mayoría de okupas y la confrontación reiterada con las autoridades locales; 3) las eventuales coordinaciones de experiencias en cada ciudad y las redes de relación creadas; 4) la influencia recibida de otros nuevos movimientos sociales próximos y su implicación en ellos.

Desarrollaremos, pues, esa definición del movimiento de okupaciones y argumentaremos que su repertorio de protestas y sus objetivos políticos constituyeron una innovación en el ciclo de manifestaciones alter-globalización a las que se incorporaron.

Palabras clave: Okupación, movimientos urbanos, contracultura, alter-globalización.

1. Introducción

“Un rizoma no cesaría de conectar eslabones semióticos, organizaciones de poder, circunstancias relacionadas con las artes, las ciencias, las luchas sociales.”
(Deleuze y Guattari, 1977)

El movimiento de okupaciones surge en las ciudades españolas a partir de la década de 1980, justo cuando acontece la primera crisis importante del movimiento vecinal y ciudadano que protagonizó gran parte del período de Transición del régimen dictatorial al democrático. En realidad, se trataba de generaciones (cohortes de edad) distintas, aunque la práctica de la *okupación* no era ni mucho menos desconocida en los movimientos urbanos previos (Villasante, 1984, 2004). Los activistas okupas eran fundamentalmente jóvenes y comenzaron a poner en práctica estilos de vida

e ideas que ya se habían propagado durante las décadas anteriores por otros países europeos y que, de forma algo difusa, intentaron imitar. No se trataba tampoco de una actualización, con retraso, del espíritu comunitarista y libertario de *Mayo de 1968*, aunque hay evidentes líneas de continuidad entre aquella referencia histórica y los nuevos movimientos sociales “alternativos” a los que permeó sustancialmente (Bailey, 1973; Fernández Durán, 1993).

La práctica de la okupación de inmuebles abandonados constituyó, en principio, una forma de obtener espacios en los que potenciar los aspectos más radicales de los nuevos movimientos sociales (convencionalmente reducidos al ecologismo, el pacifismo y el feminismo), pero también de otros más marginales y alternativos (autonomía estudiantil y obrera, contrainformación, antifascismo, solidaridad con presos e internacional, etc.). Enseguida pasó a extenderse con cualidades propias de un movimiento urbano, de una escena política alternativa y de unas prácticas contraculturales que lo distinguían de otros movimientos sociales.

Como veremos más adelante, sólo su presencia mediática de carácter sensacionalista pareció conferirle carta de existencia a mediados de la década de 1990. Ni siquiera los científicos sociales le prestaron mucha atención durante los años de su *largo* recorrido, ya superior a dos decenios, aunque actualmente se encuentre en un momento relativamente recesivo de su ciclo de evolución. Es evidente que se trata de un movimiento social que no ha movilizado, ni como activistas ni como simpatizantes, a cantidades muy numerosas de población (algo, en todo caso, siempre difícil de cuantificar con precisión, pues alude a activistas, colaboradores, manifestantes, asistentes a actividades, etc.). Sin embargo, no puede ser despachado tan fácilmente de los análisis políticos y sociales de nuestras ciudades. Su relevancia y trascendencia residen tanto en las características propias del movimiento como en las de sus relaciones con otros movimientos y con problemas esenciales de su contexto social.

Podríamos, así, sintetizar sus contribuciones en que es un excelente ejemplo de movimiento urbano con un enfoque de “izquierda radical” a la vez que uno de los ámbitos en los que más innovación política y social “contracultural” se ha experimentado, en gran medida como prolegómeno a lo que después se ha extendido como movimiento alter-globalización.

Entre los movimientos alternativos de las dos últimas décadas en España, ha sido el movimiento antimilitarista y, en particular, la campaña de “insumisión” al reclutamiento para el servicio militar obligatorio, el que logró un mayor nivel de confrontación política y de éxito en sus objetivos (Aguirre et al. 1998). Logró catalizar debates públicos, hacer visibles las protestas, canalizar a su favor simpatías antimilitaristas más amplias en la sociedad y todo ello, sin embargo, contando con unos recursos activistas y organizacionales relativamente escasos. Su carácter “grupuscular” (no masivo), políticamente radical (rechazando el servicio civil alternativo y promoviendo la abolición de los ejércitos) y afectando fundamentalmente a la población joven, en edad de transición al mundo laboral y de emancipación familiar, se convirtieron en un extraordinario paradigma de proximidad para quienes se iniciaban en las okupaciones.

Por ello, consideramos que es necesario explicar la génesis y desarrollo de este tipo de movimientos, y conocer sus singularidades y consecuencias, complementando los enfoques tradicionales de las ciencias sociales con

otros que enfatizan su *complejidad*: sus redes de relaciones transversales con otros movimientos y con distintos contextos sociales, su propia reflexividad, sus capacidades de creatividad y de construcción de bienes públicos, etc. (Martínez, 2002a).

Se podría presentar al movimiento de okupaciones, en consonancia con ese énfasis, como un movimiento *rizomático*: con múltiples conexiones entre los “puntos” de las redes, sean éstos personas, ideas, acontecimientos o espacios; con una evolución no lineal a base de rupturas, reconstituciones y alianzas; con la apertura de nuevas posibilidades de expresión, de entrada, de metamorfosis (Deleuze y Guattari, 1977). O como un movimiento *inmediatista*: criticando las fuentes y efectos de poder más próximos, rechazando utopías e ideologías que proyecten a un futuro lejano la liberación de las dominaciones actuales (Foucault, 1982). O como un movimiento generador de *situaciones revolucionarias* y de *zonas temporalmente autónomas*: creando consejos obreros que saquen a la clase obrera de su alienación, experimentando con el diseño urbano para promover el encuentro comunitario (Debord, 1976), protestando contra la dominación capitalista con insurrecciones de “terrorismo poético”, usando la música y el ridículo, garantizando la invisibilidad e invulnerabilidad de quien protesta (Bey, 1985).

Esos enfoques teóricos tienen la cualidad de poner de relieve aspectos del movimiento de okupaciones que no son perceptibles a primera vista y que suelen ser relegados e infravalorados por parte de los relatos periodísticos y académicos más convencionales. Por otro lado, permiten superar las simplificaciones de análisis que se concentran casi exclusivamente en: a) el carácter delictivo de la principal actividad del movimiento (la okupación como una usurpación de una propiedad inmobiliaria privada); b) el carácter subcultural y marginal de los activistas okupas (la okupación como una “tribu urbana” con su indumentaria, discurso y hábitos prototípicos) (Feixa, 1999); c) el carácter juvenil de este movimiento social (la okupación como una acción colectiva pasajera y transitoria, restringida a necesidades –o inquietudes– temporales de alojamiento de los jóvenes en su etapa de emancipación familiar (Martínez, 2002b: 37-64).

A partir de lo detectado en investigaciones precedentes (Martínez, 2002b; Pruijt, 2003, 2004; Adell, Martínez et al. 2004), proponemos aquí un análisis del movimiento de okupaciones que, en primer lugar, distinga las líneas de persistencia y de consistencia de este *conjunto* de prácticas urbanas interviniendo en las *políticas* locales y globales. En ese sentido, es precisa una reconstrucción histórica de la evolución del movimiento articulada a partir de las dimensiones que le han conferido relevancia social y de sus relaciones con otros movimientos y organizaciones sociales.

En segundo lugar, pretendemos explicar algunas de las contribuciones de este movimiento, como su radicalismo y su creatividad políticas, en función de las relaciones sociales *estratégicas* que lo han configurado, tanto en su seno como en relación a los contextos urbanos, políticos y sociales con los que ha interactuado.

Para llevar a buen puerto ambos objetivos, nos concentraremos en este artículo en el caso del movimiento alter-globalización como principal referente de validación. Nos preguntaremos, en consecuencia: ¿en qué medida el movimiento de okupaciones se anticipó al movimiento alter-globalización? y ¿en qué medida se ha incorporado al mismo o mantiene

intactas sus singularidades locales? A recopilar evidencias sobre estas cuestiones y responderlas se dedicará el último apartado.

2. Líneas de fuga en la reconstrucción histórica del movimiento

"Hay algo muy, muy fuerte, muy positivo entre la gente. No sé si todo el mundo vive a tope en su vida normal, o es que nosotros vivimos así porque estamos en Can Masdeu, porque vivimos juntos y eso da una energía increíble. Siempre tenemos muchas cosas que hacer. Vivimos, claro, con la amenaza del desalojo, pero bueno, esto es parte de la vida; estar alerta es parte de la vida, incluso yo diría que ayuda a vivir."

(Batista 2002: 122).

Al igual que ocurre con numerosos fenómenos sociales, resulta poco esclarecedor trazar una crónica del movimiento de okupación simplemente agrupando los hechos en fases sucesivas. Lo que tiene de virtuoso ese procedimiento, en cuanto a situar acontecimientos en fechas y en generar una visión histórica de conjunto, lo pierde en calidad explicativa. Por ello, siguiendo algunas de las sugerencias de teóricos ya mencionados como Foucault o Guattari, lo vamos a combinar aquí con la identificación de "catalizadores", "singularidades" y "reconfiguraciones" relevantes en la trayectoria del movimiento. Antes de pasar a exponerlos, recuérdese, además, que la consideración de un conjunto de prácticas como un "movimiento social" es fruto de una operación *algo* artificial que realizamos desde su exterior. Esto es particularmente cierto en el caso de la okupación, pues no sólo sus miembros rechazan con frecuencia su pertenencia a un presunto movimiento okupa, sino que las experiencias de cada edificio okupado, o de cada barrio o ciudad en la que han ocurrido sucesivas okupaciones, incluyen tantas particularidades locales que nos exigen una apreciación muy fina y delicada de lo que tienen en común.

De acuerdo a los tres conceptos señalados, nuestra tesis se puede resumir de la siguiente manera:

a) Contextos y mecanismos "catalizadores": los jóvenes que iniciaron y expandieron las okupaciones por distintas ciudades a lo largo de la década de 1980 y 1990 estuvieron influidos por experiencias semejantes en otros países europeos, pero, sobre todo, por un contexto propio de desempleo, precariedad laboral, dificultades para el acceso a la vivienda y para desarrollar opciones culturales con independencia de instituciones estatales o de organizaciones formales; algunas situaciones y fenómenos sociales catalizaron la consolidación del movimiento, tales como la relativa indefinición legal y política ante las okupaciones, y la extraordinaria pervivencia de algunas okupaciones que sirvieron de referencia para las de su misma ciudad o, incluso, de otras.

b) Acontecimientos y cualidades "singulares": el movimiento okupa sufre una fuerte represión política, judicial y policial a partir de la aprobación del Código Penal de 1995 por el que se incrementan las sanciones y la persecución de esa práctica, aunque durante los años inmediatamente posteriores a esa fecha aumentan tanto los desalojos como las okupaciones y su repercusión mediática; el movimiento sufre una criminalización y estigmatización desconocidas hasta entonces, pero, al mismo tiempo, se multiplica y diversifica, se incrementan las tensiones y enfrentamientos con

las autoridades locales, y se consolidan tendencias propias en su seno, como el rechazo a su institucionalización (a la “legalización” de las okupaciones) y la preferencia por barrios en procesos de reestructuración urbana.

c) Continuidades y reconfiguraciones: las okupaciones de inmuebles para residir en ellos se halla en el inicio del movimiento y también en su final; sin embargo, la fuerza y trascendencia pública del movimiento se han conseguido gracias a los centros sociales okupados y autogestionados (CSOA) en los que las funciones de vivienda se han integrado, subordinado o eliminado, a favor de una amplia gama de actividades contraculturales, políticas y productivas abiertas a otros movimientos sociales y a sectores de población allende la propia “escena” alternativa; a medida que el movimiento se fue expandiendo, diversificándose las redes sociales implicadas y adquiriendo experiencia sus participantes y activistas, el movimiento okupa comienza entonces a abarcar, trazando nuevas alianzas, a centros sociales no okupados y a organizaciones sociales de un amplio espectro del movimiento alter-globalización o de los barrios y ciudades donde se habían desarrollado okupaciones.

Veamos ahora algunos detalles más de esta evaluación histórica enmarcándolos en una cronología orientativa.

Primera fase (1980-1995). Este período abarcaría desde que se producen las primeras okupaciones de viviendas reivindicadas públicamente como acciones de protesta por los jóvenes que las realizan (a diferencia de otras “ocupaciones” de viviendas por individuos o familias que prefieren pasar desapercibidos, satisfacer su necesidad de alojamiento y no plantear críticas o reivindicaciones sociales más amplias utilizando el acto de la “ocupación”), hasta la aprobación del Código Penal llamado “de la Democracia” en el cual se sancionan como delitos penales tanto la okupación de inmuebles abandonados como la insumisión al servicio militar obligatorio, en un claro giro político destinado a perseguir específicamente a estos dos movimientos sociales alternativos.

Es en las principales ciudades del país (Madrid, Barcelona, Zaragoza, Bilbao y Valencia) en las que empiezan a extenderse múltiples okupaciones de viviendas y, poco a poco, van surgiendo algunas que se utilizan también para otras actividades abiertas a los no residentes del inmueble (conciertos de música, charlas y debates, o reuniones de colectivos específicos). Aunque durante la Transición ya habían surgido algunas experiencias exclusivas de “centro social” (destinadas a bibliotecas, actividades teatrales o sedes asociativas) por medio de una *okupación*, el movimiento de okupaciones arranca de jóvenes que viven en casas okupadas y que cada vez más van volcándose en la dinamización de CSOA. Esa mutua imbricación va provocando tensiones que en muchos casos se resuelven separando drásticamente la okupación de inmuebles con un fin residencial y la que tiene un fin de “centro social”. De hecho, son los CSOA los que van atrayendo a más jóvenes al movimiento okupa (y a otros movimientos sociales que utilizan las okupaciones para reunirse, financiarse y darse a conocer) y garantizando un reclutamiento de nuevos activistas que sustenten la pervivencia de las okupaciones, que apoyen en los desalojos y que den el paso a okupar ellos mismos.

Las exigencias de una militancia muy intensa en todas las facetas de la vida cotidiana y la precariedad de las condiciones de habitabilidad y de subsistencia, e incluso de la realización de las actividades contraculturales de

todo tipo que se desarrollan en los CSOA, obligan a una continuada substitución de activistas. Pero las satisfacciones personales ante la experimentación de una emancipación inmediata en el plano de la vivienda, de las relaciones sociales y de la actividad política, junto al estímulo de las “okupaciones simbólicas” que comienzan a perdurar más allá de 3-5 años (algunas han superado, actualmente, los 15 años de antigüedad), constituyen algunos de los principales alicientes para los activistas okupas que se multiplican por numerosas ciudades del Estado.

A ello hay que añadir otro aspecto “catalizador” relevante: el número de okupaciones (más de 80) duplica, como mínimo, al de desalojos (unos 40) y éstos se producen con pocos costes personales y con una escasa dureza represiva, aunque en muchos casos se realizan sin ninguna garantía legal. Los procesos de desalojo en esa época son lentos y permiten buscar okupaciones alternativas con relativa facilidad. Las autoridades sólo pueden sancionar las okupaciones en tanto que faltas, con multas económicas y obligar al desalojo, a lo sumo, si bien muchos okupas son detenidos más por su condición de insumisos que por su participación en las okupaciones. Los *mass media* comienzan de forma muy suave y ambivalente a presentar estigmatizadamente a los okupas, sin llegar a considerarlos un movimiento social ni una amenaza al orden social.

Segunda fase (1996-2000). La acumulación de fuerzas y experiencias, y los sucesivos reemplazos generacionales en el movimiento, dan lugar a CSOA que ya se constituyen en los principales puntos de articulación de todas las okupaciones, actividades contraculturales y movimientos sociales relacionados con ellos. Con la entrada en vigor del nuevo Código Penal, algunos CSOA desafían abiertamente el nuevo marco legal y político, incrementando su presencia pública, sus repertorios de protesta y sus alianzas. Aumenta también la resistencia pasiva y activa a los desalojos, con más enfrentamientos en la calle con las fuerzas policiales. La “batalla del cine Princesa” en Barcelona, la muerte de un okupa en el desalojo de un teatro en Valencia, o los sucesivos desalojos y reokupaciones del “gatzetxe” de Pamplona, desatan el interés de los *mass media* y de las autoridades por el movimiento, produciéndose un salto cualitativo en cuanto a su visibilidad pública.

Aunque el problema de la vivienda sigue siendo estructural en la sociedad española y al final de la década de 1990 se vuelven a experimentar crisis graves (alza de precios, descenso de la construcción de vivienda social, etc.) con una agudización de los problemas de inserción laboral asalariada de la juventud, en el movimiento okupa esa cuestión es integrada en un “modo de vida” más amplio en el que todas las facetas productivas, reproductivas y ciudadanas son cuestionadas. En este período se siguen okupando viviendas y CSOA, pero la nueva situación legal propicia numerosos desalojos y una represión mucho más dura (con documentados casos de maltrato, desalojos ilegales, penas de prisión, persecución personal, etc.). Lo sorprendente es que existe una inercia de okupaciones, desalojos y nuevas okupaciones que no se frena con la escalada represiva. De este modo, se han podido registrar más de 130 okupaciones frente a unos 100 desalojos, en este quinquenio.

Los CSOA despliegan una gran variedad de actividades (artísticas, contrainformativas, de formación interna, cooperativas de trabajo, participación en plataformas de organizaciones y en campañas más amplias, fiestas, etc.) y su especialización política y contracultural los separa más de las okupaciones de viviendas propiamente dichas, aunque no de muchas de las personas que

viven en casas okupadas y, en algunas ocasiones, siguen mezclándose los dos ámbitos. Debido al endurecimiento represivo, en muchas ciudades se consideran más necesarias aún que en el pasado las reuniones de coordinación entre las distintas okupaciones, pero pocas veces tienen continuidad en el tiempo. En cualquier caso, en este período aumentan los contactos de carácter político entre okupaciones de distintas ciudades, acudiendo a manifestaciones conjuntas y creando las primeras listas de comunicación por Internet.

Por último, lo más significativo de este período es que entre las tendencias de “reconfiguración” del movimiento comienzan a aumentar las okupaciones rurales con muchos vínculos con las okupaciones urbanas, y, sobre todo, se produce la confluencia del movimiento okupa con las protestas anti/alter-globalización en las que ya habían participado años antes (protestas contra los eventos olímpicos en Barcelona y de la Exposición Universal de Sevilla en 1992, contra la reunión del Banco Mundial en Madrid en 1994, en solidaridad con el alzamiento del EZLN en México a partir de 1994, etc.). Las manifestaciones, sin llegar casi nunca a ser “masivas”, se organizan con mayores intervenciones artísticas de protesta, con más recursos (camiones, música, etc.) y con más preparación ante los posibles enfrentamientos con la policía (Adell, 2004). No obstante, el mayor aumento de ataques a mobiliario urbano o a empresas durante algunas de esas manifestaciones, junto con la estrategia de algunas autoridades políticas por vincular al movimiento con grupos armados como ETA, contribuyeron a que los *mass media* crearan una imagen más negativa de los okupas y a que aumentara su criminalización y persecución (González et al. 2002; Alcalde, 2004; Asens, 2004). Todo ello pudo minar parte de la legitimidad social del movimiento, pero, a la vez, su larga trayectoria ya lo había convertido en “familiar” para gran parte de la población y de otros movimientos sociales de los que obtenía nuevos apoyos independientemente del estigma mediático recibido.

Tercera fase (2001-2006). Estos últimos años han supuesto una crisis del movimiento okupa tanto en España como en otros países europeos, pero no se puede consignar alegremente su defunción, pues se siguen produciendo nuevas tentativas de okupación y las redes y filosofía del movimiento han llegado más lejos. Lo que sí es cierto es que desaparecieron las okupaciones en algunas ciudades, mientras que en otras ha habido varios años sin ninguna okupación, los desalojos han sido más definitivos, con menos posibilidades para la reokupación o la continuidad del colectivo que había dinamizado un CSOA desalojado y sólo en el área metropolitana de Barcelona y en distintas ciudades y pueblos del País Vasco se ha mantenido una elevada densidad de okupaciones y desalojos semejante a la de años atrás.

Al mismo tiempo se ha comprobado que las condenas con penas de prisión han sido aplicadas en muy pocos casos y que las instancias judiciales, ya desde el período anterior, en muchas ocasiones se mostraron más benevolentes (o, cuando menos, divididas) con respecto a lo que la ley exigía. En este sentido, los procesos de desalojos se producen con más celeridad y represión, pero los juicios y condenas se demoran durante años lo cual, de nuevo, favorece los intentos por aprovechar intensamente las experiencias de okupación producidas sin un gran temor a unas consecuencias penales inmediatas. En esta etapa también se producen nuevas y esporádicas negociaciones con los propietarios de los inmuebles okupados o con las autoridades, pero han sido prácticamente inexistentes las “legalizaciones” o “expropiaciones” a favor de los okupas (se conocen tres casos y, aún así, con muchas particularidades como para codificarlos de forma equivalente en esa

categoría de “institucionalización” (González, 2004). Tampoco se crearon organizaciones formales que canalizaran las reivindicaciones okupas por vías institucionales ya que en España la vivienda no ha sido un ámbito muy especializado del “trabajo social” voluntario (todo lo contrario de lo ocurrido en Holanda o Estados Unidos: Corr, 1999; Pruijt, 2003) y, de hecho, sólo en el 2006 se ha producido una reciente movilización completamente autónoma y difusa protestando por la especulación urbana y por la carestía de vivienda a la que se ha “unido” el movimiento okupa.

Los dos principales vectores de reconfiguración en esta fase son: 1) el surgimiento de nuevos centros sociales autogestionados no okupados (alquilados o comprados) que prolongan las actividades que se realizaban en los CSOA o que siguen relacionados con ellos en una nueva red de activismo más variada y abierta (Herreros, 2004; Martínez, 2004); 2) la convergencia o dinamización de una parte del movimiento alter-globalización, aumentando los vínculos internacionales, participando en las manifestaciones europeas más relevantes (Praga, Génova, Gotemburgo, Atenas, etc.) junto a muchas otras organizaciones y colaborando en las realizadas en España (Barcelona en 2001, Sevilla y Madrid en 2002, manifestaciones contra la guerra en 2003, etc.).

3. Más que un movimiento urbano: oscilaciones entre lo local y lo global

“La gente que se suele mover en las okupaciones es un poco itinerante. Tienen una serie de inquietudes comunes, como viajar, relacionarse con otras personas, establecer contacto con otras culturas o con otras maneras de ver las cosas. No es una mentalidad cerrada, restringida al ámbito local. Una de las experiencias más guapas que te da una casa [okupada] es que llegas a conocer gente de casi todo el mundo. Por una casa donde viví hace un par de años pasó gente de Japón, de Australia, de todas partes. Acabas entendiendo las cosas de una forma más abierta y menos traumática.”

(Ehrenhaus y Pérez 1999: 52).

Desde nuestra perspectiva de análisis, como se ha podido comprobar en el punto anterior, consideramos poco satisfactorio caracterizar al movimiento okupa simplemente como un movimiento juvenil o como prácticas ilegales aisladas para satisfacer la necesidad de vivienda. Por el contrario, existen indicadores suficientes de que se trata de un “movimiento urbano” (Pickvance, 2003; Mayer, 2003) con una notable persistencia en el tiempo y que abre un conflicto político de primer orden con el sistema político y económico dominante:

- a) las okupaciones son mostradas públicamente, comunicadas y reivindicadas mediante panfletos, pintadas en las paredes, banderas, ruedas de prensa, etc.;
- b) la provisión de vivienda se combina frecuentemente con la organización de actividades culturales, de debate, artísticas, de protesta sobre diversos temas, etc. constituyendo CSOA abiertos a otros activistas, simpatizantes y públicos;
- c) se constituyen redes internas de relación social entre las distintas okupaciones y con otras organizaciones sociales que garantizan la continuidad de los proyectos y de los activistas independientemente de cada okupación concreta;

d) aunque predominan los activistas con una edad “joven” y con situaciones vitales poco estables, al okupar comienzan formas de vida por lo general emancipadas de sus familias de origen, desarrollando trabajos asalariados temporales o en la economía sumergida, a la vez que se inicia una fuerte socialización política aprendiendo a ejercer derechos de ciudadanía, de organización colectiva y de expresión, a la hora de defender las okupaciones y de participar en diversas luchas sociales (de solidaridad con inmigrantes, antirrepresivas, frente a la videovigilancia, ecologistas, antimilitaristas, etc.).

Es cierto, no obstante, que se han cuestionado esos rasgos comunes desde el propio seno del movimiento, argumentando que la okupación es sólo un medio para conseguir otros fines. Como se mostrará después, este tipo de declaraciones no representarían más que síntomas del entusiasmo “globalizador” que siempre ha animado a las okupaciones a pesar de que sus prácticas más inmediatas se hayan restringido a los espacios locales de los barrios o ciudades donde se ubicaban. De hecho, también se ha criticado la existencia de un *movimiento* de ámbito estatal o europeo aludiendo a que serían más bien las historias de okupaciones en cada ciudad las que podrían ofrecer una mayor consistencia de este tipo de prácticas. Sin embargo, independientemente de las interacciones que se hayan tenido con los gobiernos locales de uno u otro signo, lo que resulta relevante es que haya sido recurrentemente ese nivel de la Administración del Estado el actor principal con el que ha tenido que medir sus estrategias políticas cada grupo de activistas okupas. Y ello también de forma independiente a la titularidad de las propiedades okupadas, pues la mayoría no eran de carácter municipal y, ni siquiera, público (Martínez, 2002: 245)

La heterogeneidad interna en el movimiento suele ser el tercer argumento para poner en entredicho su consistencia. La prensa y algunas autoridades políticas, en los momentos álgidos de mayor enfrentamiento, han recurrido a la división entre okupas “buenos” y “malos”, entre los dispuestos a negociar y los radicales-violentos, entre los que sólo reclaman vivienda o espacios sociales y los que están más interesados en la denuncia pública, la agitación y la movilización ciudadana. En los medios académicos, se suelen destacar las diferencias entre dirigentes y seguidores pasivos, entre grupos con distintas ideologías (anarquistas, comunistas y nacionalistas-independentistas, por ejemplo), o divisiones en función de circunstancias de clase social, género o situación familiar (en España, como en otros países europeos, la dimensión étnica apenas se ha contemplado). Los propios okupas pueden concordar con esas y otras categorizaciones añadidas relativas, por ejemplo, a la experiencia okupando o en otros movimientos sociales (Llobet, 2005: 309, 324).

Sin embargo, no es difícil percibir un magma común de principios libertarios y autónomos en casi todas las experiencias, promoviendo una autoorganización asamblearia al margen de los partidos políticos, de los sindicatos y de organizaciones más formalizadas (vecinales, de solidaridad, etc.) y, sobre todo, sacando a la luz dimensiones de la sociedad y de la política censuradas por los medios institucionales y comerciales (la actividad de grupos fascistas, los abusos de poder de los órganos represivos del Estado, la situación en las cárceles, la hipocresía diplomática en las relaciones internacionales, etc.). Nada de ello, de nuevo, se puede restringir a inquietudes pasajeras de la población joven, aunque sea ese momento vital en el que germinan en los activistas okupas.

Además, se deben señalar otras regularidades sociales que atañen a la definición urbana y política de este movimiento: en particular, a la estructura de oportunidades “socioespaciales” que han aprovechado de manera sistemática los activistas para materializar las okupaciones. Me refiero a que ha sido necesaria la existencia de un amplio parque inmobiliario desocupado, abandonado o degradado para que las okupaciones pudieran tener lugar. Y han sido zonas específicas de las ciudades (como los centros históricos o áreas de reestructuración industrial) en las que han podido concentrarse varias okupaciones y relacionarse entre sí, con mayor o menor intensidad, durante esos largos períodos de actividades urbanas especulativas o de planificación urbanística antes de su transformación en nuevas áreas residenciales, comerciales o de servicios empresariales (Martínez, 2004). Este tipo de transformaciones urbanas, desde luego, no son específicas de las ciudades españolas, es un fenómeno mucho más global pero que, sin embargo, sólo en algunos lugares (especialmente evidente en España, pero también en Italia y Holanda, por lo menos) ha sido “aprovechado” para acciones colectivas como las okupaciones.

Por último, la dimensión más controvertida del movimiento es aquella que podríamos denominar “contracultural” y que constituye uno de sus nexos más fuertes con la orientación “global” del movimiento. ¿Significa eso que los okupas no tienen necesidades materiales? ¿Es acaso la contracultura un refugio para eludir los problemas importantes de la sociedad? ¿Se trata de un movimiento postmoderno que busca el máximo placer instantáneo con la diversidad social, la fiesta y el nomadismo, tiñendo todo ello con vagas proclamas ideológicas anticapitalistas?

Aunque en países como Alemania se ha considerado a la okupación como un paradigma de “movimiento contracultural” volcado en construir una identidad colectiva en fuerte oposición a otros actores (estatales, económicos, grupos de extrema derecha y partidos o grupos “reformistas”), pero con cierta ambivalencia con relación al poder y a las condiciones de vida materiales (los logros conseguidos siempre suelen ser insignificantes o incluso sospechosos de “reformismo”) (Rucht, 1990; Koopmans 1995: 17-37), creo que entenderíamos mejor esa dimensión vinculada a una constante “creatividad” colectiva en todas las facetas de la vida cotidiana (sexualidad, relaciones de género, tareas domésticas, tomar decisiones colectivas, relaciones vecinales, etc.) cuestionadas, a su vez, en relación a las constricciones globales que proceden de distintas instancias de la sociedad (Llobet, 2005: 49, 95). Más concretamente, mi posición al respecto puede resumirse en las dos siguientes premisas:

a) La participación activa en el movimiento okupa genera un “estilo de vida” que atañe tanto a formas de expresarse (vestir, hablar, tocar música, denunciar públicamente, etc.) y socializarse (consumos culturales, de drogas, de viajes, de bares, etc.), como de organizarse socialmente (por grupos de afinidad, con predominio de reuniones asamblearias, con activistas de diversos movimientos sociales, etc.) y de supervivencia material relativamente “austera” (con trabajos eventuales, con ahorros escasos, reciclando comida y muebles, compartiendo viviendas alquiladas u okupándolas, etc.). El carácter *cultural* del movimiento, por lo tanto, consiste en todas esas *formas* agregadas.

La elevada formación escolar de una gran mayoría de los okupas (universitaria, en términos generales) no se corresponde, sin embargo, con

una situación de clase elevada y son frecuentes los orígenes de clase media y obrera entre los activistas, descontando que la influencia de tales orígenes se aminora considerablemente cuando se entra en un modo de vida okupa. En consecuencia, las necesidades materiales individuales se resuelven, en gran medida, de forma colectiva o dentro de todos esos parámetros del “estilo de vida” okupa mencionado.

b) Si denominamos “contracultura” a todas las prácticas sociales que van asociadas al hecho de okupar es, principalmente, porque en el plano más consciente –ideológico– buscan una oposición a la *cultura* dominante y su superación. Por cultura dominante deberíamos entender aquí también las formas de producir, consumir, relacionarse socialmente y decidir políticamente. Como toda *búsqueda*, se trata de procesos sin fin, experimentos, laboratorios. Pero eso no significa que se vague en un limbo de teorías, discursos y debates. Más bien, todo lo contrario: la propia experiencia de desobediencia civil que se ejerce con la acción de okupar permite enraizar otras prácticas que demuestren su carácter contracultural.

Los precios económicos de los conciertos musicales o de otras actividades “espectaculares” (para el público simpatizante, aunque autoorganizadas por activistas diversos) y el destino de ese dinero para financiar a las okupaciones o a otras causas afines, la promoción libre de talleres de aprendizaje acerca del manejo de nuevas tecnologías o de actividades artesanales, la apertura de los locales okupados para la presentación de libros o campañas políticas, o la constitución de bibliotecas, editoriales, cooperativas de trabajo o escuelas de idiomas para inmigrantes, serían sólo algunas de las facetas que procurarían una elevada coherencia contracultural entre medios y fines. Es cierto que a menudo esas dinámicas alejan a los activistas de otras luchas políticas (laborales, por ejemplo) y que el principal problema social vinculado con la okupación (la especulación urbana) sólo se combate con las propias okupaciones, hasta hace poco tiempo sin mayor amplitud de alianzas y de tácticas. Pero no por ello se pueden negar sus creativas aportaciones, la coherencia de muchas de sus prácticas y la apertura de espacios de libertad para expresar y poner en práctica las críticas a la cultura dominante.

4. El boomerang de las luchas alter-globalización

“No vas a ir nada más de viaje, sino que vas a participar con la gente, estás un poco contra lo mismo que estás aquí, pero de otras formas, y si les entiendes, te puedes comunicar. Cuando fui por México lo que me atraía era Chiapas. Ya había estado hace años y tenía ganas de volver ocho años después para ver cómo estaba la situación, pues no había estado más de dos meses, y seguir el proceso que, de alguna manera, más a lo grande, es algo similar a lo que estamos haciendo aquí. Una lucha contra algo, pero no sólo contra algo, sino también a favor, tal como están construyendo su vida allí. Comunidades y pueblos que han decidido autogobernarse un poco, a mí es algo que me despierta y me crea la atención a cómo evolucionará todo eso.”
(Llobet, 2005: 387).

El entusiasmo alter/anti-global que ha animado al movimiento okupa desde sus inicios es algo que posee antecedentes y concomitancias con lo ocurrido en el movimiento de okupaciones europeo: la campaña contra los Juegos Olímpicos, por ejemplo, promovida exitosamente desde las okupaciones

holandesas en torno a 1986 (Adilkno, 1990: 129-147); o, más recientemente, desde el Foro Social de Génova en 2000, cuando desde los CSOA italianos surgieron los “monos blancos desobedientes” para resistir los embates policiales en las protestas contra las cumbres de líderes políticos y económicos mundiales (Famiglietti, 2004). En este sentido, okupar siempre ha sido entendido por sus protagonistas como “algo más” que simplemente vivir. Ese “algo más” atañe a la protesta política transformada en una “política del deseo” (*party & protest: diviértete y lucha*) y a la búsqueda de una amplia autosuficiencia (DIY / *do-it-yourself: hazlo-tú-mismo*).

Entre distintos analistas parece haber acuerdo en considerar, pues, que desde el punto de vista ideológico y del tipo de acciones contraculturales emprendidas, las *okupaciones* han tenido siempre una vocación global que las diferenciaría (junto a su carácter público, contencioso y provocador) de las *ocupaciones* meramente destinadas a satisfacer la necesidad de alojamiento. Para algunos, además, se trataría de un movimiento que en España se podría considerar “madrugador” e “inaugurador” de todo un ciclo de protestas más amplio, influenciando con su ejemplo de democracia radical a toda una familia de movimientos sociales que confluirán en el movimiento alter/anti-globalización (Herreros, 2004). Para otros, el acoplamiento progresivo del movimiento okupa al alter/anti-globalización y la consecuente crisis, estancamiento y “fagocitación” del primero por parte del segundo, pondría de manifiesto la culminación exitosa de uno de los discursos predominantes (entre los más elaborados) en las okupaciones, el de la búsqueda de una mayor autonomía social y de alianzas múltiples en los movimientos de crítica al orden capitalista (Calle, 2004).

A partir de mis propias observaciones, de la documentación registrada y de las entrevistas realizadas, creo que existen pruebas abundantes para justificar esa primigenia vocación global (o alterglobal) del movimiento okupa. Veamos algunas:

- Circulación en viviendas okupadas y en CSOA de periódicos, revistas, fanzines, boletines informativos, panfletos, grabaciones en video, etc. con informaciones acerca de okupaciones en países europeos, protestas por parte de colectivos autónomos y anarquistas en esos países contra empresas y gobiernos (también contra las reuniones de organismos como el G7), casos de represión política, campañas de solidaridad internacional (especialmente con poblaciones y movimientos sociales y/o guerrillas de América Latina), el movimiento antimilitarista internacional, etc.
- En relación a las mismas temáticas internacionales: celebración de jornadas de debate, conferencias y fiestas destinadas a recaudar dinero para esas causas; concentraciones de protesta ante sedes diplomáticas en España; boicots a productos de empresas denunciadas; recogidas de firmas y envío de mensajes de protesta; comunicación personal con activistas de otros países; visita personal o en grupo a viviendas okupadas y CSOA de otros países europeos; participación personal en “brigadas internacionales” de apoyo a movimientos sociales latinoamericanos (el “sandinismo” en Nicaragua o el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, por ejemplo), etc.
- Actuaciones en los CSOA de grupos de música alternativa (principalmente punk, hardcore, ska, rock...) procedentes de otros países (sobre todo, europeos) y “exportación” de los que surgen en los mismos CSOA españoles.

- Fuerte vinculación con la campaña de insumisión en todo el Estado y con las radios libres locales que también suelen ser plataformas de contrainformación sobre cuestiones globales (medioambientales, bélicas, musicales, políticas, etc.).
- Participación activa de okupas y de algunos CSOA en campañas pioneras de protesta antiglobalización: por ejemplo, “Desenmascaremos el 92” (contra el carácter comercial, la especulación urbana y el control social derivados de los eventos internacionales celebrados en Barcelona (Juegos Olímpicos, Madrid (Capital Cultural Europea) y Sevilla (Exposición Universal) y “50 años bastan” (contra las políticas del Banco Mundial que se reunió en Madrid en 1994). También se difundieron en muchos CSOA los dossiers informativos y videos elaborados acerca de esas campañas.
- Utilización de los CSOA como uno de los medios principales de divulgación del alzamiento del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) en Chiapas (México) en 1994, coincidiendo con la entrada en vigor del TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) al que criticaban como un instrumento más de opresión de las poblaciones indígenas pobres. Creación de grupos de solidaridad y apoyo en varios CSOA, viajes de activistas okupas a Chiapas como “observadores internacionales” e implicación de varios CSOA (de Cataluña, Madrid y Andalucía, principalmente) en la organización y dotación de infraestructuras para el II Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo que tuvo lugar de forma descentralizada en varios puntos de la geografía española en 1998 (el primero se había celebrado en Chiapas en 1996).
- Implicación de okupas y de CSOA (proporcionando alojamiento y manutención, y participando en la organización de conciertos) junto a sindicatos alternativos y otras organizaciones sociales, en las Marchas Europeas contra el Paro, la Pobreza y la Exclusión que atravesaron distintas ciudades españolas confluendo en Ámsterdam en 1997 (en continuidad con las que ya habían transcurrido, sólo a través de territorio español, en 1993).
- Incremento progresivo de las interrelaciones con los CSOA europeos (especialmente con los italianos), con visitas y debates para organizar las acciones de discusión y de protesta en las “contra-cumbres” y manifestaciones del movimiento alter/anti-globalización en Praga (2000), Génova (2001), Barcelona (2001) y Foro Social Europeo de Florencia (2002). Creación de organizaciones autónomas de los CSOA, pero muy vinculadas con ellos y contando con su apoyo de espacios y para conseguir financiación y activistas, como los MRG (Movimientos de Resistencia Global).
- Incorporación de los medios contrainformativos habituales en los CSOA (UPA-Molotov, Acratador, Info-Usurpa, CNT, radios libres, etc.) al uso de Internet con listas de correo específicas (la primera fue la ACS -Actualidad de los Centros Sociales-) y páginas web propias (aunque la mayoría con escaso “mantenimiento”), pero también promoviendo nodos de Indymedia (los de Madrid, Barcelona, Galiza, Euskadi y Estrecho, son los más relevantes, aún activos) y, sobre todo, “hackmeetings” (en Leioa -el Gran Bilbao-, en Zaragoza y en Madrid, por ejemplo) que han expandido el software libre y una amplia formación y dedicación *electrónicas* en el seno del movimiento okupa (aunque con muchas desigualdades, como apuntan Sádaba y Roig, 2004, y Ramos y Martínez, 2004).

- Participación en encierros y manifestaciones de inmigrantes “sin papeles”, con especial conflictividad y trascendencia pública en Madrid (2000-2001) y en Barcelona (2004-2005).
- Participación en movilizaciones con implicaciones internacionales: la consulta pública (de forma paralela a unas elecciones oficiales) promovida por la RECADE –Red Ciudadana por la Abolición de la Deuda Externa– (2000) implicando a CSOA de Cataluña, País Vasco y Madrid, por ejemplo; las protestas contra las reuniones de la UE durante la presidencia española (2002) implicando a CSOA de distintas ciudades españolas (Santiago de Compostela y Sevilla, por ejemplo) y contra la guerra de Irak (2003); la campaña de oposición a la hipocresía, el despilfarro y la especulación urbana producida con el Forum de las Culturas 2004 en Barcelona (UTE 2004).

Como ha señalado Herreros (2004), en muchas de las últimas acciones mencionadas el movimiento okupa se ha relacionado con otros colectivos y movimientos sociales (incluso, a veces, con partidos políticos y sindicatos tradicionales) impregnando siempre su modelo de participación política abierta, horizontal y asamblearia; aunque también ha experimentado vivencias de aislamiento y automarginación en algunos casos (por ejemplo, creando una plataforma alternativa a la ya bastante alternativa y crítica “plataforma plural” *Barcelona 2001*) por querer defender con total coherencia todos los contenidos de su discurso radical. Esta es una cuestión crucial en todo proceso de confluencia y coordinación de colectivos con distintos orígenes y principios ideológicos, y que afecta también a todo proceso de “federación” cuando se trata de entidades más o menos semejantes. ¿Cuáles son los puntos mínimos de consenso sobre los que fundar esas alianzas? ¿Hasta qué punto se puede caminar en común? ¿Quién influye a quién? ¿Están condenados a “desaparecer” los grupos minoritarios, aunque en un principio fuesen muy influyentes?

El movimiento alter/anti-globalización, como ha sido ampliamente reconocido (por ejemplo, Klein, 2002; Notes From Nowhere, 2003; Santos, 2005), no sólo ha albergado un amplio mestizaje en su composición, sino que ha reavivado formas de organización política de cariz libertario: con un horizonte de democracia directa, buscando la máxima participación de todo el mundo, estimulando el debate asambleario y el consenso por encima de la delegación de poder y de la representación por “líderes”, rechazando en la práctica el autoritarismo de cualquier signo ideológico del que provenga (de derechas o de izquierdas) y practicando la acción directa y la desobediencia civil como legítimas formas de expresión ciudadana.

En España, de forma paralela al *declive* de las asociaciones vecinales a partir de las primeras elecciones municipales tras la Dictadura en 1979, también lo hicieron las organizaciones anarcosindicalistas que también trataron, sin demasiado éxito, de actualizar los ideales libertarios en la Transición y post-Transición. Fueron, sin embargo, movimientos alternativos como el de okupación, el antimilitarista, el feminista y el de contrainformación (posteriormente, también parte del ecologista) los que más abiertamente continuaron esa tradición configurando un cierto *neoanarquismo* volcado más en prácticas concretas que en reflexiones estratégicas sobre la expansión de sus *axiomas* ideológicos al resto de la sociedad, e inaugurando un nuevo ciclo de protestas que culminó con las alianzas alterglobalizadoras mencionadas.

El movimiento de okupaciones fue, entre todos ellos, el que mejor combinó esa orientación ideológica con una vocación global en sus planteamientos y con una intensa intervención local y militante: es, tal vez, el que más implicación personal en todos los ámbitos cotidianos exigía, aunque las penas de prisión –con todos los altos costes personales que conllevan– se cebaron más en los insumisos, muchos de ellos también okupas. En este orden de cosas, entre sus innovaciones políticas se puede señalar el rechazo a tener portavoces oficiales (o, cuando aparecían, tendían a hacerlo con los rostros cubiertos), líderes públicos u organizaciones formales registradas por la Administración (según la Constitución Española, toda asociación es legal desde que se constituye, no tiene ni siquiera obligación de informar a los Registros de su existencia) y que pudiesen recibir subvenciones. Las acciones de desobediencia civil y social iban más allá de la propia okupación de edificios abandonados: convocando manifestaciones no comunicadas a las Delegaciones del Gobierno, resistiendo pacíficamente en los tejados a las palizas policiales durante los desalojos o causando destrozos en las calles y edificios públicos cuando las manifestaciones eran reprimidas por la policía, introduciendo elementos festivos y lúdicos durante las manifestaciones (o importando ocasionalmente los “Reclaim the Streets” y las tácticas de satirización de marcas comerciales o de campañas gubernamentales), etc.

Todo lo anterior, en consecuencia, justifica el reconocimiento de una sobresaliente influencia del movimiento okupa en el movimiento alter/anti-globalización y en los múltiples colectivos que lo han integrado. Se pueden identificar tanto las fuentes de su influencia como los puntos mínimos sobre los cuales asentar las coaliciones sociales en las que ha ido participando:

- 1) Su alta movilidad geográfica (algo que, desde mediados de la década de 1990 resulta más asequible para los activistas alterglobalizadores de muchos países con el incremento de los “vuelos baratos”).
- 2) Su progresivo manejo de la comunicación electrónica (como ya se apuntó, de forma muy desigual si comparamos a los CSOA más avanzados con los más aislados de las nuevas tecnologías comunicativas).
- 3) Y, sobre todo, su abrazo con el discurso zapatista (alentando una resistencia anticapitalista alejada por igual de los partidos políticos oficiales y de los revolucionarios, que no aspira a “tomar el poder” sino a que la sociedad civil se autoorganice y que los gobiernos que se formen se basen en la máxima democracia participativa, “mandar obedeciendo”), ampliamente legitimado entre la izquierda mundial gracias a su estrategia comunicativa.

Todos ellos, posiblemente, constituyen también los umbrales máximos a los que no están dispuestos a renunciar: de hecho, progresivamente los foros sociales han ido albergando un núcleo autónomo y radical cada vez más distanciado de las tendencias institucionalizadoras de otras organizaciones formales, como sindicatos y partidos políticos más dispuestos a negociar dentro de los foros oficiales del FMI, el BM, la OMC, el G8, la UE, etc. o, incluso, a constituirse en una especie de partido internacional de “nueva izquierda”.

Esta argumentación nos conduce, necesariamente, a la cuestión del “efecto boomerang” que este *invisible* éxito de las okupaciones ha tenido sobre el mismo movimiento okupa.

Por una parte, debemos considerar que el entusiasmo global por abrirse y aliarse con otros colectivos no okupas, socializando lo más posible las ideas

de la autonomía y de la desobediencia, nunca constituyó un discurso elaborado en todo tipo de okupaciones y CSOA. Como bien se sabe por lo acontecido en otros países europeos, los entornos okupas tienen una fuerte proclividad a la endogamia y a proteger sus señas de identidad (cómo viste y cómo habla quien entra en los CSOA, con quién llega acompañado, en qué trabaja, etc. son parte de ese cuestionario implícito que se aplica a muchos neófitos).

Los CSOA más dinámicos, duraderos, politizados y en grandes ciudades (o en su periferia, como el caso paradigmático de Can Masdeu), en comparación con las okupaciones de viviendas y más aisladas, han sido más eficaces en romper las barreras de prejuicios y en acoger una pluralidad de actores y de apoyos tanto en sus espacios, como en sus actos de protesta. Esa actitud los llevó, por su parte, a participar en otras plataformas locales o globales en las que era necesario compartir manifestaciones o manifiestos con organizaciones diferentes. Y, a su vez, ese ejemplo de distintos grupos okupas ha ido arrastrando progresivamente a buena parte de los más reticentes, aunque algunos de éstos han llegado incluso a “militar” activamente contra esa subsunción considerada “reformista”: CSOA concentrados exclusivamente en hacer conciertos, por ejemplo; o, como ha ocurrido en algunos CSOA italianos, colectivos más interesados en expandir el modelo de acciones disruptivas del *Black Bloc* (Famiglietti, 2004). En todo caso, resultaría simplificador atribuir el entusiasmo global a todas las experiencias y activistas okupas, si bien uno de los efectos de la influencia ejercida se puede percibir en el incremento de la implicación alter/anti-globalizadora de muchas okupaciones tanto nuevas como antiguas.

Por otra parte, cabe la pregunta siguiente: ¿sufren las okupaciones el riesgo de quedar sumergidas en la marea del nuevo (y, para muchos, efímero) “movimiento de movimientos”? Como ha planteado Calle (2004) aquí el problema se suscita tanto para unos como para otros. Ni las okupaciones han sido perfectas escuelas de autogestión y democracia directa, ni el movimiento alter/anti-globalización ha demostrado aún sus capacidades de persistencia y de consistencia. En este sentido, debemos volver la vista sobre las cualidades más propiamente urbanas y constantes en el movimiento de okupaciones. Es decir, sobre su vocación, arraigo y eficacia *locales*.

Un solo CSOA puede ser la mejor plataforma local para agregar personas y colectivos con sensibilidades afines, para hacer visibles temas y luchas sociales censuradas en los *mass media*, y para introducir a nuevos activistas en prácticas de desobediencia civil y social ya ampliamente experimentadas en el movimiento durante dos décadas (La Hamsa en Barcelona, los Gaztetxes de Pamplona y Vitoria, La Casa de las Iniciativas en Málaga, o el Laboratorio O3 de Madrid, han sido excelentes ejemplos de esa afirmación). Pero todavía es mayor su potencialidad cuando está unido a otros CSOA, a okupaciones de viviendas y a una red de colectivos y organizaciones en barrios y ciudades que les ayudan a extender su legitimidad pública y a incrementar las posibilidades de pervivencia de las okupaciones. La provisión de vivienda asequible y de locales donde cultivar la creatividad contracultural y formas de socialización sin los corsés de la moral dominante (en las relaciones amorosas, en el uso del lenguaje o en la educación de los niños, por ejemplo), son *finés en sí mismos* de la okupación y poseen, además, la virtud de hacer más creíbles sus críticas a la especulación inmobiliaria y a las falacias de participación ciudadana publicitadas por los gobiernos municipales.

En consecuencia, el movimiento okupa ha sido un fiel alumno de las consignas de los nuevos movimientos sociales post-1968: “lo personal es político” y “piensa globalmente, actúa localmente”. Es, pues, gracias a esta politización de los ámbitos cotidianos, reproductivos y de mayor proximidad espacial, y en el conocimiento de estas dinámicas locales y el reconocimiento público obtenido gracias a esa experiencia, que la fuerza (y necesidad) de las okupaciones se ha mantenido incólume a su integración en el movimiento alter/anti-globalización, aunque le haya dedicado activistas y energías a este último de la misma forma que había venido haciendo desde sus orígenes. Las causas de la crisis del movimiento okupa, por ende, no se pueden encontrar tanto en el auge del movimiento alter/anti-globalización como, sobre todo, en las dinámicas de contención con las autoridades locales (“estructuras de oportunidades”) y en las estrategias de gestión de las mismas okupaciones (“movilización de recursos”), puesto que gran parte de la legitimidad social (local y global) de su práctica autónoma (“identidad”) ya la tiene ganada.

5. Conclusiones

“Responden sólo a cuestiones no preguntadas. Su atención se centra en la proximidad de un evento. Y cuando llega el momento, son quienes se ponen en acción sin dudar. Una vez han aceptado la invitación, el evento comienza a ocurrir. Entonces se hallan juntos en un espacio ‘extramedia’. Sucede una metamorfosis. El estudio del movimiento da un paso atrás. Su tarea es hacer la crónica de las historias de aquellos que vuelven.”
(Adilkno, 1990: 236).

En la presentación que hemos realizado del movimiento okupa en las ciudades españolas hemos intentado poner de relieve tres aspectos: 1) una trayectoria histórica en la que destaca la acción contracultural de los CSOA por encima de las okupaciones de viviendas; 2) el arraigo local de las okupaciones en relación al persistente conflicto con las autoridades locales y a la intensa dedicación activista –politizadora– a aspectos cotidianos, domésticos, socializadores, etc.; 3) una incipiente innovación en los repertorios de acción política y en los objetivos alterglobalizadores que progresivamente van ampliándose a gran parte del movimiento okupa.

Como se ha observado, nos encontramos ante una típica paradoja social: un movimiento local y global a la vez. Para desentrañar su sentido, es conveniente distinguir los orígenes, las consecuencias y la mutua relación de las dos dimensiones implicadas (lo local y lo global).

Tal como sugiere una de las consignas del movimiento, “podrán desalojar nuestras casas, pero no nuestras ideas”, el movimiento combina desde sus inicios una vocación local y global simultánea. Es decir, busca tanto la satisfacción de necesidades materiales de vivienda y de espacios de reunión autogestionados, como la intervención en los barrios y ciudades, pero todo ello animando proyectos de múltiples movimientos sociales y abriendo la circulación de ideas y de personas, y las acciones de protesta, a okupaciones, problemas sociales y causas anticapitalistas que trascienden a numerosos países.

Las consecuencias de esa doble hélice se han dejado sentir de forma distinta en las dimensiones locales y en las globales del movimiento okupa. Precisamente debido a que ha ido incrementándose la implicación y convergencia con el movimiento alter/anti-globalización, se han producido

ritmos distintos de incorporación en las distintas experiencias de okupación e, incluso, divisiones internas en cuanto a los enfoques y formas de llevar adelante esa participación. Sin embargo, en ningún momento se ha renunciado a continuar con las acciones de “reapropiación” local y dinamización contracultural de espacios abandonados. La crisis del movimiento okupa en algunas ciudades debería, pues, buscarse en otros factores distintos al de su progresiva *globalización*.

Se podría preguntar, por lo tanto, si esa paradoja es paralizante para el movimiento y si es necesaria su superación con un salto de *nivel lógico*. Estas cuestiones serían especialmente relevantes para otros movimientos urbanos que, aparentemente, se hallan menos implicados en las dinámicas alter/anti-globalización.

A nuestro juicio, las informaciones aquí referidas acerca del movimiento okupa más bien sugieren que se ha tratado de una paradoja fructífera. No sólo para el mismo movimiento okupa, por cuanto puede haber alimentado su propia creatividad interna, proporcionando estímulos para sus activistas y para acometer nuevas okupaciones; sino, sobre todo, para otros movimientos sociales con los que ha interactuado, a quienes ha facilitado los espacios de los CSOA y a quienes ha contribuido con sus propios ejemplos de protesta radical.

Por el contrario, entre los movimientos urbanos tradicionales (el vecinal, por ejemplo) y más novedosos (el de ecología urbana, por ejemplo), el *contagio* parece haber sido bastante escaso. Es aquí, pues, donde más necesidad podría existir de superar los efectos *contaminadores* de la mencionada paradoja sobre otros movimientos locales, aunque de acuerdo a la filosofía autónoma y libertaria de las okupaciones, cada organización y movimiento deberá seguir su propio camino. La cooptación, la institucionalización y la estabilización de las alianzas han constituido siempre algunos de los peligros *conservadores* que los okupas han combatido abiertamente.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Adell, Ramón (2004). “Mani-fiesta-acción: la contestación okupa en la calle (Madrid. 1985-2002)”. En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.

Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.) (2004). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.

Adilkno (1994) [1990]. *Cracking the movement. Squatting beyond the media*. New Cork: Autonomedia.

Aguirre, Xavier et al. (1998). *La insumisión. Un singular ciclo histórico de desobediencia civil*. Madrid: Tecnos.

Alcalde, Javier (2004). “La batalla de los medios: la definición de la problemática okupa en los medios de comunicación de masas”. En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.

Asens, Jaume (2004). La represión al “movimiento de las okupaciones”: del aparato policial a la *mass media*. En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.

Bailey, Ron (1973). *The Squatters*. Harmondsworth: Penguin.

Batista, Antoni (2002). *Okupes. La mobilització sorprenent*. Barcelona: Rosa dels Vents.

Bay, Hakim (1996) [1985]. *T.A.Z. Zona Temporalmente Autónoma*. Madrid: Talasa.

Calle, Ángel (2004). “Okupaciones. Un movimiento contra las desigualdades materiales y expresivas”. En Tezanos, José Félix (ed.). *Tendencias en desigualdad y exclusión*. Madrid: Sistema.

Corr, Andrew (1999). *No Trespassing. Squatting, rent strikes and land struggles worldwide*. Cambridge MA: South End.

Debord, Guy (1995) [1967]. *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: Biblioteca de La Mirada.

- Deleuze, Gilles, Guattari, Félix** (1997) [1977]. *Rizoma. Introducción*. Valencia: Pre-Textos.
- Ehrenhaus, Andrés, Pérez, Jorge** (1999). *El futuro es esto*. Barcelona: Mondadori.
- Famiglietti, Antonio** (2004). "Re-formulating political radicalism at the beginning of the new century. Self-managed Social Centres within the Italian alter-global movement". Paris: Conference on Social Movements.
- Feixa, Carlos** (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.
- Fernández Durán, Ramón** (1993). *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*. Madrid: Fundamentos.
- Foucault, Michel** (1986) [1982]. "Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto". En AA.VV. *Materiales de sociología crítica*. Madrid: La Piqueta.
- González, Robert, Peláez, Lluç, Blas, Asier** (2002). "Okupar, resistir y generar autonomía. Los impactos políticos del movimiento por la ocupación". En Ibarra, Pedro, Martí, Salvador, Gomà, Ricard (coords.). *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icaria.
- González, Robert** (2004). "La ocupación y las políticas públicas: negociación, legalización y gestión local del conflicto urbano". En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.
- Herreros, Tomás** (2004). "Movimiento de las ocupaciones y movimientos sociales: elementos de análisis para el caso de Cataluña". En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.
- Klein, Naomi** (2002). *Vallas y ventanas. Despachos desde las trincheras del debate sobre la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Koopmans, Rudy** (1995). *Democracy from Bellow. New Social Movements and the Political System in West Germany*. Colorado: Westview.
- Llobet, Marta** (2005). *L'okupació com espai-s de creativitat social*. Barcelona: Universitat de Barcelona [Tesis Doctoral].
- Martínez, Miguel** (2002a). "Contextos y transversalidad: ¿aún con problemas al definir los movimientos sociales?" *Inguruak. Revista Vasca de Sociología y Ciencia Política* 33.
- Martínez, Miguel** (2002b). *Okupaciones de viviendas y centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*. Barcelona: Virus.
- Martínez, Miguel** (2004). "Del urbanismo a la autogestión: una historia posible del movimiento de ocupación en España". En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.
- Mayer, Margit** (2003). "The Onward Sweep of Social Capital: Causes and Consequences for Understanding Cities, Communities and Urban Movements". *International Journal of Urban and Regional Research* 27-1.
- Notes From Nowhere** (2003). *We are everywhere. The irresistible rise of global anticapitalism*. London: Verso.
- Pickvance, Chris** (2003). "From Urban Social Movements to Urban Movements: A Review and Introduction to a Symposium on Urban Movements". *International Journal of Urban and Regional Research* 27-1.
- Pruijt, Hans** (2003). "Is the institutionalisation of urban movements inevitable? A comparison of the opportunities for sustained squatting in New Cork City and Amsterdam". *International Journal of Urban and Regional Research* 27-1.
- Pruijt, Hans** (2004). "Okupar en Europa". En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.
- Ramos, Julio, Martínez, Miguel** (2004). "Nuevos movimientos sociales e internet: noticias sobre ocupación en las agencias contrainformativas". Il Congreso Online del Observatorio de la Cibersociedad. <http://www.cibersociedad.net>.
- Rucht, Dieter** (1992) [1990]. "Estrategias y formas de acción de los nuevos movimientos sociales". En Dalton, R.J., Kuechler, M. (comp.). *Los nuevos movimientos sociales. Un reto al orden político*. Valencia: Alfons el Magnànim.
- Sádaba, Igor, Roig, Gustavo** (2004). "El movimiento de ocupación ante las nuevas tecnologías: okupas en las redes". En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.
- Santos, Boaventura de S** (2005). *O Fórum Social Mundial. Manual de Uso*. Porto: Afrontamento.
- UTE (Unió Temporal d'Escribes)** (2004). *Barcelona Marca Registrada. Un model per desarmar*. Barcelona: Virus.
- Villasante, Tomás R.** (1984). *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas*. Madrid: IEAL.
- Villasante, Tomás R.** (2004). "Prólogo: Pan-topías para okupas". En Adell, Ramón, Martínez, Miguel (coords.). *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.